

## SÓSTRATO, UN EVÉRGETA BEOCIO

*Joaquín de la Hoz Montoya*  
*Universidad de Sevilla*

El artículo plantea una reinterpretación de la figura de Sóstrato-Heracles, mencionado por Luciano al comienzo de su *Vida de Demonacte*. Su perfil no se ajusta al de un filósofo ascético ni al de un eremita. Se trataría más bien de un notable griego que asumió el control policial y la apertura al tránsito de determinadas comarcas rurales en el contexto de una incipiente superación de la crisis griega, acaso en conexión con el renacimiento de Delfos.

This article offers a re-interpretation of the figure of Sostratus-Herakles, mentioned by Lucian at the beginning of *Life of Demonax*. His profile does not fit that of an ascetic philosopher, nor that of a hermit. He was, rather, a Greek notable who took over the tasks of policing and of improving the accessibility of certain rural areas. His initiative can be explained within the context of an incipient recovery from the Greek crisis, perhaps in connection with the renaissance of Delphi.

Luciano de Samosata abre su *Vida de Demonacte* con las siguientes palabras:

“No iba a carecer por completo nuestra época de hombres dignos de mención y recuerdo, sino que habría de ofrecer un notable ejemplo de perfección física y un filósofo de alto nivel intelectual. Me refiero a Sóstrato, el beocio, a quien los griegos llamaban «Heracles» y creían que lo era, y en especial a Demonacte, el filósofo. A ambos conocí, y por conocerlos admiré; de uno de ellos, de Demonacte, fui discípulo durante un dilatado período. Acerca de Sóstrato he tratado en otro

libro, y he descrito su talla y fuerza extraordinaria, su vida al aire libre en el Parnaso, su duro lecho, sus alimentos de la montaña y sus proezas –en nada discordantes con su nombre–, tales como exterminar bandidos, abrir caminos por lugares inaccesibles, o construir puentes en puntos de tránsito difícil”<sup>1</sup>.

¿Quién es este Sóstrato a quien los griegos veían como un nuevo Heracles? No conservamos la obra que supuestamente le dedicó Luciano, pero tiende a admitirse la existencia de al menos un segundo testimonio relativo a esta figura. En las *Vidas de los sofistas* Filóstrato hace referencia a un personaje que había descrito Herodes Ático en una carta y al que –según afirma– la gente llamaba «el Heracles de Herodes»<sup>2</sup>. Filóstrato lo representa como un joven de un físico imponente, fortalecido por los trabajos que realiza. Su género de vida es montaraz, de tal modo que incluso al acudir en una ocasión a los Juegos Píticos se nos dice que prefirió observar desde las alturas del Parnaso sin mezclarse entre el público. Se cubre con pieles de lobo cosidas y sostiene luchas contra jabalíes, chacales, lobos, toros bravos y osos. Su dieta se limita a la leche y ocasionalmente a cebada. Filóstrato insiste en su naturaleza heroica. Así, según Herodes habría nacido de una campesina de fuerza sobrehumana y del héroe local Maratón, mientras que según otras fuentes no identificadas habría nacido de la tierra en un pueblo de Beocia. Este carácter sobrenatural parece haber sido reconocido por los labradores de Beocia y Maratón, quienes le proporcionan alimento y lo apodan Agatión por considerar de buen augurio (εὐξύμβολος) su presencia. Su carácter semidivino se evidencia, además, en su virtud, su sabiduría y su clarividencia, e incluso en la sorprendente pureza de su dicción ática, como se muestra en una serie de anécdotas que narran su encuentro con Herodes Ático<sup>3</sup>.

Por otro lado, Plutarco alude de pasada en sus *Cuestiones de sobremesa* a un tal Sosastro, lo insólito de cuyo nombre ha inducido a algunos investigadores a suponerlo una transcripción corrupta de «Sóstrato»<sup>4</sup>, ya que su perfil muestra una cierta proximidad con el Sóstrato de Luciano, una vez identificado éste con el Heracles-Agatión de Filóstrato:

“Desde luego, no me acordé de que Filino nos está criando <a hurtadillas> un Sóstrato, de quien dicen que pasó toda su vida sin tomar otra bebida ni alimento salvo leche, pero es probable que a aquél el principio de tal dieta le viniera de un cambio”<sup>5</sup>.

<sup>1</sup> Luc.*Demon.*1. Trad. A. Espinosa.

<sup>2</sup> Sobre esta extraña fórmula véase *infra* n. 55.

<sup>3</sup> Philostr.*VS* 2.1.552-4.

<sup>4</sup> Cf. J.F.Kindstrand, «Sostratus-Hercules-Agathion- The Rise of a Legend», *Kungliga Humanistiska Vetenskapssamfundet i Uppsala* (1979-80) 50-1, 56-8, con un estado de la cuestión. Contra la identificación Sóstrato-Sosastro véase posteriormente C. P. Jones, *Culture and Society in Lucian* (Cambridge (Mass.)-Londres 1986) 99 n. 55.

<sup>5</sup> Plu.*Mor.*660E. Prácticamente con las mismas palabras se alude a la dieta de un tal Filino, contemporáneo de Aristóteles y Teofrasto, en Ath.2.44C y Eust.*ad Il.*13.6, p. 916, J.F. Kindstrand, *op. cit.*

Significativamente el diálogo se sitúa en Hiámpolis, una ciudad cercana al Parnaso, con el que el autor beocio estaba sobradamente familiarizado.

J. F. Kindstrand<sup>6</sup> ha realizado un análisis profundo y pormenorizado de la relación existente entre estas tres tradiciones, lo que nos ahorra tener que detenernos en una serie de cuestiones de compleja exposición. Brevemente, expondré aquellas de sus conclusiones que me servirán de punto de partida. En primer lugar, coincido con Kindstrand en que Luciano efectivamente escribió una obra dedicada a un personaje real llamado Sóstrato en la que éste era objeto de un tratamiento en serio. Su asociación con Demonacte en el pasaje arriba citado así lo exige, dado que la *Vida de Demonacte*, como ya Eunapio creyó y como Funk dejó demostrado<sup>7</sup>, ha de interpretarse como una obra seria planteada como un elogio a un filósofo real. En segundo lugar, coincido en que, pese a sus divergencias, el Sóstrato de Luciano y el Heracles de Herodes Ático y Filóstrato son retratos de un mismo personaje histórico. No es fácil, en efecto, imaginar la presencia más o menos coetánea en torno al Parnaso de dos personajes apodados Heracles, venerados, de algún modo, como seres sobrehumanos y dedicados, igual que su modelo mítico, a un género de vida agreste y ascético y a actividades de resonancias heroicas en beneficio de sus paisanos. Coincido, por fin, en considerar que el profundo barniz religioso que muestra el Herodes de las *Vidas de los sofistas*, y que lo convierte en una figura históricamente inverosímil, es en lo fundamental una aportación del propio Filóstrato, acorde con modas literarias y con inclinaciones particulares bien representadas en este autor. En cuanto a la identificación de Sóstrato y Agatión con el Sosastro de Plutarco albergo mayores reservas que Kindstrand, dadas sus dificultades cronológicas, aunque en vista de las argumentaciones presentadas en uno u otro sentido no tengo inconveniente en aceptarla provisionalmente. En efecto, una vez que éste ha demostrado que tales dificultades no son insalvables considero preferible plantear una hipótesis capaz de dar cuenta de esta posible identificación<sup>8</sup>.

(n. 4) 51 sostiene que se trata de una equivocación suscitada a partir del pasaje de Plutarco, que considera indiscutiblemente referido a Sosastro.

<sup>6</sup> J. F. Kindstrand, *op. cit.* (n. 4) 50-79.

<sup>7</sup> Eun.VP.454. K. Funk, «Untersuchungen über die Lucianische *Vita Demonactis*», *Philologus suppl.* 10 (Leipzig 1907) 558-674. *Contra* D. Clay, «Lucian of Samosata: Four Philosophical Lives (Nigrinus, Demonax, Peregrinus, Alexander Pseudomantis)», *ANRW* 2.36.5 (1992) 3425-9.

<sup>8</sup> La dificultad estriba en que, mientras Herodes Ático describe a Sóstrato como un joven (*νεανίας*), Plutarco lo presenta como un personaje ya notorio, para quien, además, utiliza una expresión, *διαβῶσαι πάντα τὸν βίον*, que parece aludir a él como a un personaje del pasado. Kindstrand, *op. cit.* (n. 4) 57 alega que el uso en este contexto del aoristo no tiene por qué significar más que el hecho de que Sóstrato haya abandonado ya la actividad con la que se le relaciona, concretamente su alimentación exclusiva a base de lácteos, mientras que la expresión «toda su vida» puede ser una simple exageración dirigida a enfatizar el tono impaciente de la broma en que se inserta. Sóstrato, en su opinión, podría haber nacido en torno al 85, con lo que en el 110, fecha en torno a la cual se sitúa la redacción de las *Cuestiones de sobremesa*, podría haber tenido tiempo para convertirse, pese a su juventud, en una figura bien conocida en los alrededores. Herodes podría haberlo conocido en torno al 125, cuando el sofista contaba con unos 25 años y Sóstrato rondaba los 40, edad que aún habría permitido que aquél lo describiera posteriormente, siguiendo las convenciones literarias existentes para la expresión de la belleza, como un *νεανίας* el propio Ameling, contrario a la tesis de Kindstrand, admite que en un géne-

No es éste el lugar para intentar perfeccionar el magnífico análisis realizado por Kindstrand en el plano formal. El presente estudio atañe, por el contrario, a la resbaladiza materia de los *realia* que subyacen a estas tradiciones. Brevemente, considero que el testimonio de Luciano, precisamente por la peculiaridad de su autor y de la obra concreta en que aparece, obliga a replantear en profundidad la interpretación histórica de la figura de Sóstrato frente a las propuestas realizadas hasta el momento.

Podemos agrupar estas interpretaciones en torno a dos grupos. Para algunos autores, como es el caso de E. Weber, D.R. Dudley, R. Höistad o F.G. Downing<sup>9</sup>, Sóstrato aparece como una suerte de filósofo cínico. Los argumentos se basan en la asimilación de Sóstrato a Heracles, uno de los modelos cínicos por excelencia, y la alusión a aspectos característicos de la ascesis cínica: la vida al aire libre, el duro (ἐπίπονός) lecho y la dieta severa. Pero esta interpretación es insostenible. En primer lugar, actividades como atrapar bandidos o construir puentes son absolutamente extrañas a todo lo que podamos considerar el campo de actividad propio de un cínico. En segundo lugar, el paralelismo mediante el que Luciano presenta a Sóstrato y Demonacte, en virtud del cual el primero aparece como modelo de virtud física y el segundo de virtud filosófica, excluye de principio que Sóstrato haya sido tenido fundamentalmente por un filósofo. Sin duda, la descripción de Luciano muestra un cierto color cinizante, pero en su conjunto las características de la ascesis de Sóstrato remiten a patrones más amplios y, especialmente en lo que toca a la dieta, probablemente más conectados con una ascesis de corte atlético<sup>10</sup>.

ro de descripción como el que nos ocupa «juventud y altura son obligatorias» (W. Ameling, *Herodes Atticus I. Biographie* (Hildesheim-Zurich-Nueva York 1983) 155, n. 21). Para concluir, a mediados del siglo II Luciano lo habría encontrado ya en su vejez.

Sin duda la hipótesis es apretada, pero lo cierto es que sitúa a Sóstrato en una generación muy próxima a la de Demonacte. Éste nació lo suficientemente pronto como para llegar a ser discípulo de Demetrio (Luc.*Demon*.3), que muy difícilmente pudo sobrevivir al final del siglo I (cf. Sen. *Ben*.7.11.1-2), y Luciano consideró verosímil que fuera ya un filósofo en activo en el momento en que se introdujeron los combates de gladiadores en Atenas (Luc.*Demon*.57), acontecimiento ocurrido, según Follet, no más tarde del principado de Domiciano (S. Follet, «Les Cyniques dans la poésie épigrammatique à l'époque impériale», en M.-O. Goulet-Cazé, R. Goulet (eds.) *Le cynisme ancien et ses prolongements (Actes du colloque international du CNRS, Paris, 22-25 juillet 1991)* (Paris 1993) 377 n. 62). Pero su extraordinaria longevidad –Luciano afirma que vivió casi cien años (Luc.*Demon*.63)– le permitió llegar a conocer a su biógrafo y sobrevivir a Polideuces (Luc. *Demon*. 24, 33), muerto, según W. Ameling, *op. cit.* 113-4, poco después del 165.

<sup>9</sup> E. Weber, «De Dione Chrysostomo Cynicorum sectatore», *Leipziger Studien zur Classischen Philologie* 10 (1887) 237; D.R. Dudley, *A History of Cynicism. From Diogenes to the 6th Century A.D.* (London 1937; Hildesheim 1967) 182-3, que adopta esta interpretación como probable. R. Höistad, *Cynic Hero and Cynic King. Studies in the Cynic Conception of Man* (Uppsala 1948) 64 y F.G. Downing, «Cynics and Early Christianity», en M.-O. Goulet-Cazé, R. Goulet (eds.), *op. cit.* (n. 8) 287 n. 23 parten de esta interpretación como presupuesto. Próximo a esta interpretación, G. Anderson, *Sage, Saint and Sophist. Holy Men and their associates in the Early Roman Empire* (London-New York 1994) 128-9 concibe a Agatión como un purista cultural y un moralista de tendencia cínica.

<sup>10</sup> Cf. J.F. Kindstrand, *op. cit.* (n. 4) 54-5, 64, 67-8, 79. Sobre la especificidad del cinismo dentro de la tradición ascética griega: M.-O. Goulet-Cazé, *L'ascèse cynique. Un commentaire de Diogène Laërce VI 70-71* (Paris 1986) 53-4, 91-191. Interpretaciones como la de K. Funk, *op. cit.* (n. 7) 645, que ve en el Sóstrato de Luciano a un modelo de auténtica filosofía práctica contrapuesto a los herederos

Según un segundo modelo de interpretación, Sóstrato sería uno de aquellos eremitas paganos que de tanto en tanto asoman entre fuentes próximas al período que nos ocupa<sup>11</sup>. E.R. Dodds lo menciona como el único ermitaño pagano cuyo nombre conocemos, aunque admite que, en oposición al eremitismo cristiano, no hay pruebas de que sus motivos fueran de orden religioso, dadas las actividades a las que según Luciano se dedica<sup>12</sup>. Para J.F. Kindstrand Sóstrato sería un eremita que se habría retirado del mundo para dedicarse a una vida posiblemente errante y a la práctica de un rígido ascetismo, quizá modelado conscientemente sobre el patrón de Heracles. El investigador interpreta tal ascetismo eremítico desde el clima psicológico general de la época, renunciando a la posibilidad de conectarlo con una escuela determinada<sup>13</sup>.

Otras propuestas o matices interpretativos formulados hasta la fecha no afectan los términos de esta discusión, pues sólo atañen al plano literario. Así, ver en el Agatión de Filóstrato o aun en el Sóstrato de Luciano a un θεῖος ἀνὴρ<sup>14</sup> no supone decir nada concreto sobre el perfil social del personaje histórico que está en la base de ambos, sino tan sólo sobre su tratamiento literario o sobre la percepción que una parte de su entorno social pudo tener de su excepcionalidad como individuo<sup>15</sup>. Del mismo modo, la idea de que la descripción de Sóstrato por Herodes Ático estuviera marcada, como se evidencia en Filóstrato, por un romanticismo bucólico, lindante con el ideal del buen salvaje, y por el aticismo típicos de la literatura de su tiempo<sup>16</sup> parece razonable, y no es difícil que el primero de tales

teóricos de Sócrates y Diógenes, o la de C.P. Jones, *op. cit.* (n. 4) 99, que afirma que el Sóstrato de Luciano debió de ser tratado «como una especie de filósofo autodidacta», son aceptables si nos atenemos a la acepción moral amplia del término «filosofía», en virtud de la cual Alejandro Magno podía ser caracterizado como un filósofo en armas (Str.15.1.64) e individuos no dedicados a ella podían recibir el epíteto de filósofos como título honorífico (G.W. Bowersock, *Greek Sophists in the Roman Empire* (Oxford 1969) 11-2).

<sup>11</sup> Un paralelo particularmente próximo, tanto en el tiempo como en el espacio, podemos encontrarlo en el ermitaño que el autor –quizá Luciano– del *Lucio o el Asno* sitúa en torno a la costa tesalia, a unos tres días de la ciudad de Beroya (Luc.*Asin.*34). Para otros paralelos véase E.R. Dodds, *Paganos y cristianos en una época de angustia. Algunos aspectos de la experiencia religiosa desde Marco Aurelio a Constantino* (Londres 1968; Madrid 1975) 55, n. 88 y J.F. Kindstrand, *op. cit.* (n. 4) 78.

<sup>12</sup> E. R. Dodds, *loc. cit.*

<sup>13</sup> J. F. Kindstrand, *op. cit.* (n. 4) 77-9. El investigador ensaya incluso la posibilidad de distinguir dos etapas en la actividad de Sóstrato. Una primera etapa, registrada por los testimonios de Plutarco y Herodes Ático, se caracterizaría por la dieta a base de lácteos, la caza de animales salvajes y el disfrute de compañía humana. Los años posteriores, registrados por Luciano, se habrían caracterizado por una dieta basada en general en alimentos de la montaña, el acometimiento de hazañas más prácticas y un género de vida solitario. A estos últimos años correspondería el honroso apodo de Heracles (p. 58).

<sup>14</sup> L. Bieler, *ΘΕΙΟΣ 'ΑΝΗΡ. Das Bild des "göttlichen Menschen" in Spätantike und Frühchristentum* (Viena 1935-6; Darmstadt 1976) 31, 51, 53, 55, 61, 69, 72, 131, que atiende sólo a la forma literaria de la figura de Sóstrato; G. Anderson, *op. cit.* (n. 9) 127-9, cuya articulación entre literatura y realidad es menos clara.

<sup>15</sup> No sólo taumaturgos como Alejandro de Abonutico (Luc.*Alex.*), sino también filósofos claramente escépticos en materia religiosa como Demonacte (Luc.*Demon.*63) o emperadores como Vespasiano (Suet.*Vesp.*7.2-3) podían ser descritos como θεῖοι ἄνδρες.

<sup>16</sup> J. F. Kindstrand, *op. cit.* (n. 4) 79; D. Clay, *op. cit.* (n. 7) 3430.

rasgos –probablemente no el segundo– estuviera presente en la descripción de Luciano. Más difícil me resulta aceptar la apreciación que hacen K. Funk y C.P. Jones de resonancias de la figura romántica del bandolero en la descripción de Luciano<sup>17</sup>. El tipo de actividades a las que se dedica Sóstrato parece excluir precisamente esta interpretación incluso en el plano literario.

Con todo esto, pues, nos queda la interpretación de Dodds y Kindstrand como único punto de partida para una discusión sobre la interpretación histórica de Sóstrato. Ciertamente, la interpretación de Sóstrato como un eremita ascético parece ir de suyo; la imagen acude inmediatamente cuando pensamos en una vida montaraz y en Filóstrato el desdén por la compañía humana llega a plasmarse expresamente. Pero cabe preguntarse si esta atmósfera eremítica, que por otra parte no resulta tan evidente ni en Luciano ni en Plutarco, no será un elemento más de ese momento de interpretación literaria que el propio Kindstrand descubre en otros detalles de la descripción. A esta reserva me conduce una sencilla constatación. Por lo general, la historiografía ha coincidido en destacar la verosimilitud histórica del testimonio de Luciano frente al tono general del de Filóstrato<sup>18</sup>. Exterminar bandidos, abrir caminos o construir puentes son actividades de todo punto creíbles, al contrario que nacer de un héroe o detectar por el olor de la leche la miasmática intervención de una mujer en su ordeñado<sup>19</sup>. Pero a no ser que nosotros mismos hayamos de creer que Sóstrato era un auténtico Heracles no parece razonable considerar que aquellas actividades hayan sido acometidas en solitario. Sí resultan, en cambio, perfectamente verosímiles si concebimos a Sóstrato como un hombre con la suficiente influencia social como para movilizar los recursos humanos y económicos necesarios para emprenderlas.

La hipótesis que propongo se orienta en esta dirección. Sostengo que Sóstrato fue en realidad un notable beocio<sup>20</sup> que adquirió celebridad por haber asumido con cierto éxito la tarea de garantizar la seguridad y la apertura de las vías interiores de comunicación en las comarcas rurales de un indeterminado espacio geográfico situado entre Beocia y la Fócide, sea por haber acometido tal empresa a título personal, sea por el particular denuedo mostrado en el ejercicio de un cargo oficial. El género de vida agreste con el que se le relaciona no sería el reflejo de un retiro del mundo, sino de las prolongadas estancias en el monte necesarias para cumplir su cometido.

<sup>17</sup> Cf. K. Funk, *op. cit.* (n. 7) 646-7; C.P. Jones, *op. cit.* (n. 4) 99-100.

<sup>18</sup> Así, p. ej., J. F. Kindstrand, *op. cit.* (n. 4) *passim*; W. Ameling, *op. cit.* (n. 8) 157.

<sup>19</sup> Sin duda el rechazo de Agatión a beber leche que haya ordeñado una mujer (Philostr.VS 2.1.554) pretende evocar el tipo de culto que se rinde a Heracles en santuarios como el de Heracles Misógino en la Fócide, del que tenemos noticia por Plutarco: *Existe un santuario de Heracles Misógino en la Fócide, y es preceptivo que el que ejerce el sacerdocio no tenga trato con mujer durante ese año; por ello también generalmente nombran sacerdotes a ancianos* (Plu.Mor. 403F-404A. Trad. J. A. Fernández Delgado).

<sup>20</sup> K. Funk, *op. cit.* (n. 7) 643 ha sido, hasta donde conozco, el único en asumir que se trataba de un hombre poderoso, no de un campesino, pero no extrajo implicaciones históricas de esta percepción.

Que una figura de este tenor podía arraigar en la realidad de la Grecia continental del siglo II es perfectamente verosímil a juzgar por la documentación de que disponemos. Su iniciativa bélica encuentra un paralelo próximo a pocos kilómetros del Parnaso, en el contexto de la invasión de los costobocos del 170.

En mi tiempo, los bandidos costobocos (κοστοβώκων τῶν ληστικῶν), en sus correrías por la Hélade, alcanzaron también Elatea. Entonces un tal Mnesibulo reunió en torno a sí una compañía de hombres, y después de dar muerte a muchos bárbaros cayó en la batalla. Este Mnesibulo obtuvo otras victorias en la carrera, y en la 235ª olimpiada (162 d.C.) en el estadio y en la doble carrera con el escudo. En Elatea hay en el camino una estatua de bronce del corredor Mnesibulo<sup>21</sup>.

La iniciativa personal de este olimpionico es una respuesta natural ante la quiebra del cinturón de seguridad sostenido por las legiones romanas, pero revela asimismo un desbordamiento de la capacidad de respuesta de las instituciones políticas locales ante la crítica situación. Con seguridad no fue el único caso en que la invasión costoboca obligó a apuntalar o a suplir las respuestas institucionales con iniciativas de acusado carácter personalista. Al menos frente a las invasiones que se sucedieron en los siglos siguientes sabemos que en no raras ocasiones la defensa fue organizada a nivel local por notables al mando de tropas improvisadas<sup>22</sup>. Por ello no deja de ser sugerente la posibilidad de ver en la invasión costoboca el acontecimiento que ocasionó el salto a la fama de Sóstrato. Sin duda el contexto es el idóneo para suponer el nacimiento de una campaña literaria de exaltación de las virtudes guerreras griegas en la que podría haberse encuadrado la perdida obra de Luciano y la epístola de Herodes<sup>23</sup>. Pero por atractiva que pueda parecer, esta contextualización de la actividad policial de Sóstrato no es en absoluto necesaria. En realidad, las circunstancias del 170 no hicieron sino poner de manifiesto en toda su crudeza las contradicciones propias de una situación que parece haber sido estructural en parte del territorio griego durante los primeros siglos de nuestra era.

El bandillaje parece haber sido un fenómeno común en el Alto Imperio y digno de atención incluso en las regiones más próximas a los centros de poder<sup>24</sup>. En

<sup>21</sup> Paus. 10.34.5. Trad. M.C. Herrero ligeramente modificada. Sobre la cronología de la invasión de los costobocos véase J. M. Cortés, «La datación de la expedición de los costobocos: la subscripción de XXII K de Elio Aristides», *Habis* 26 (1995) 187-193. Sobre la amplitud del campo semántico de los términos ληστής/*latro* véase B.D. Shaw, «Bandits in the Roman Empire», *Past and Present* 105 (1984) 6-8, 21-8.

<sup>22</sup> G.E.M. de Ste. Croix, *La lucha de clases en el mundo griego antiguo* (London 1981; Barcelona 1988) 565, 753-5.

<sup>23</sup> Evidentemente, tal interpretación obligaría a desembarazarse del testimonio de Plutarco.

<sup>24</sup> B. D. Shaw, *op. cit.* (n. 21) 8-12, que demuestra en un elocuente análisis la ubicuidad de su presencia en la realidad imperial y en la esfera de preocupaciones de los habitantes del Imperio. Ello no implica, en su análisis, atribuir a este fenómeno una particular importancia en cifras absolutas, que a juicio de Shaw fueron probablemente bajas (p. 24).

general, su presencia parece multiplicarse a partir de la mitad del siglo II<sup>25</sup>. En concreto, la Grecia de los siglos I-II parece haber estado familiarizada con su presencia, si bien los testimonios que nos informan de ella sean de ambigua interpretación por su carácter literario. En el *Euboico*, ambientado en la época de Domiciano, Dion de Prusa presenta como verosímil la actividad de una partida de bandidos por las montañas del sur de Eubea y ve el paso al bandidaje como una respuesta predecible entre la población rural ante una excesiva presión fiscal<sup>26</sup>. En las dos versiones conocidas de la novela del asno, ambas del siglo II, el bandolerismo aparece como un fenómeno arraigado en la Grecia altoimperial. Tanto el relato atribuido a Luciano como el de Apuleyo coinciden en ubicar la guarida de los bandoleros que roban el asno en un lugar montuoso situado a una noche y un día de apretada marcha de Hipata, en los límites meridionales de Tesalia<sup>27</sup>. La ubicación de esta guarida no me parece carente de interés. En ambas versiones los bandidos se echan rápidamente al monte en su huida<sup>28</sup>, lo que apunta a un desplazamiento hacia el sur, ya que hacia el norte Hipata da al valle. Además, en la versión de Apuleyo el refugio sirve de centro de operaciones tanto para esta incursión en Hipata como para dos incursiones en Beocia que alcanzan hasta Tebas y Platea, por lo que es de suponer que se encuentre en algún punto intermedio<sup>29</sup>. Con ello el escenario que Apuleyo o su fuente ha imaginado para situar un fenómeno de bandolerismo no parece poder estar muy lejos del ámbito de actuación de Sóstrato. Y no parece ser un escenario descabellado. Para el período helenístico tenemos constancia de asaltos a casas y secuestros por bandidos en Delfos y en Hieto, cerca de Hipata, probablemente utilizando como base de operaciones las inmediaciones del Parnaso y el Eta<sup>30</sup>. Para finalizar, también en Macedonia, Accio y Tesalia Apuleyo —o su fuente— ha considerado creíble la presencia de bandidos<sup>31</sup>.

<sup>25</sup> M. Sartre, *El Oriente romano. Provincias y sociedades provinciales del Mediterráneo oriental, de Augusto a los Severos (31 a.C.-235 d.C.)* (Paris 1991; Madrid 1994) 310. R. MacMullen, *Enemies of the Roman Order. Treason, Unrest and Alienation in the Empire* (Harvard 1966; London-New York 1992) 193-4 habla de un silencio casi completo en las referencias al bandolerismo organizado entre la mitad del siglo I y la mitad del siglo II.

<sup>26</sup> D.Chr.7.30-1, 40. La ambientación cronológica se deduce de los párrafos 7.1-2. Es cierto que la intencionalidad del *Euboico* de Dion lo hace sospechoso de acentuar el cuadro de desolación que plantea para el sur de Eubea o de trasladar a esta isla una situación propia de otro contexto, pero su discurso moralizante perdería pie si se apoyara en un escenario manifiestamente absurdo para el auditorio que le escuchaba pocos años después del momento en que sitúa su acción. En lo que respecta al problema del bandolerismo, basta con que se admita que en la mente del autor y en la de su público resultaba un fenómeno asociado de modo natural a la imagen de una ciudad griega en crisis. Para una discusión sobre la interpretación histórica del *Euboico*: P. Desideri, *Dione di Prusa. Un intellettuale greco nell'impero romano* (Florencia 1978) 223-9, 255; C.P. Jones, *The Roman World of Dio Chrysostom* (Cambridge (Mass.)-London 1978) 56-64.

<sup>27</sup> Ap. *Met.* 3.28.6; 3.29.1-2; 4.1.1; 4.4.1; 4.6.7. Luc. *Asin.* 16-7, 20.

<sup>28</sup> Ap. *Met.* 3.28.6. Luc. *Asin.* 16.

<sup>29</sup> Ap. *Met.* 4.8.1, 7; 4.9.4; 4.13.1.

<sup>30</sup> L. Robert, *Études anatoliennes. Recherches sur les inscriptions grecques de l'Asie Mineure* (Paris 1937; Amsterdam 1970) 94-5.

<sup>31</sup> Ap. *Met.* 7.5.4 (Macedonia); 7.7.1 (Accio); 8.17-8 (Tesalia). Es cierto que el ataque de los bandidos era un recurso argumental típico de la novela griega (P.A. Mackay, «KLEPHTIKA. The Tradition

Si dirigimos la atención a las restantes actividades de Sóstrato, la apertura de caminos en lugares inaccesibles y la construcción de puentes en puntos de difícil tránsito, vemos que cuadran bien con lo que sabemos de la geografía humana de la Grecia del momento. Si bien con marcadas diferencias de énfasis, la tendencia dominante entre la investigación es admitir la aparición de acusados fenómenos de despoblación en la Grecia altoimperial. Se trata de una herencia de los duros tiempos de las guerras civiles, pero también parece estar conectada con un proceso de concentración del hábitat y con el desarrollo creciente de la gran propiedad. En época de Augusto Estrabón describe la decadencia extrema en que han caído las ciudades de Beocia a excepción de Tanagra y Tespias<sup>32</sup>. Una carta de Claudio describe el estado de abandono en el que se encuentra el territorio de Delfos<sup>33</sup>. En un diálogo situado en el último tercio del siglo un personaje de Plutarco constata la desaparición de todos los antiguos oráculos de Beocia excepto el de Lebadea<sup>34</sup>. Para el mismo período, a comienzos del siguiente siglo Dion pinta, posiblemente cargando las tintas, el vívido cuadro de la decadencia de una ciudad eubea: subexplotación agraria a consecuencia del desigual reparto de la propiedad, deficiente control del territorio, sobrepoblación relativa del centro urbano y decadencia material de éste<sup>35</sup>. Dion reitera, además, la observación realizada por Estrabón acerca del parcial abandono en el que ha caído Tebas, situación que Pausanias sigue regis-

of Tales of Banditry in Apuleius», *Greece and Rome* 10.2 (1963) 147-152, que destaca la originalidad del tratamiento realista que hace de ella Apuleyo), pero no habría sido planteable como ficción si no se apoyara en un sustrato más o menos sólido de experiencias reales (Cf. M. Sartre, *op. cit.* (n. 25) 310-1). Si el bandolerismo en las regiones montañosas griegas hubiera sido inimaginable en los primeros siglos de la era es fácil creer que el autor del primer *Asno* hubiera situado su novela en una región más inhóspita. Podría argüirse, por un lado, que las escenas de bandolerismo aludidas serían en realidad una reminiscencia de la época helenística. Pero las dos versiones de la novela aparecen en conjunto demasiado firmemente ancladas en la realidad altoimperial como para aceptar de principio un marcado anacronismo justo en uno de los episodios centrales de la novela. Por otro lado, las dos versiones conservadas muestran la suficiente coherencia en su ubicación geográfica como para desestimar una posible localización convencional, sobre todo tratándose de autores que, al menos en el caso de Apuleyo (*Flor.* 18.15, 42-3), si Luciano no es el autor de *Lucio o El asno*, estaban familiarizados con la Hélade. Las divergencias que muestran ambos autores en la localización revela un cierto grado de aportación personal por encima de la base literaria. Así, mientras Luciano plantea un viaje más largo hacia el norte (compárese *Ap.Met.* 4.22.5, 7; 4.23.1-3 con *Luc.Asno.* 21-2), que le lleva desde las proximidades de Hipata hasta Beroya (27, 34) y finalmente Tesalónica (49), en la versión de Apuleyo el viaje de Lucio (*Ap.Met.* 7.26.3; 8.15.2-5; 8.22.1; 8.23.1) no lo conduce más allá de Tesalia (10.18.2) antes de emprender el viaje final a Corinto (10.18.1; 10.19.1). Estas divergencias hacen más significativa la estrecha coincidencia que muestran ambos autores en la localización de las actividades de los bandoleros. Más aún, la localización de bandidos en Beocia parece resultar tan sustancial a Apuleyo que por respeto a ella incurre inadvertidamente en el error, inexplicable por ignorancia, de situar Tebas en la costa (*Ap.Met.* 4.11.7), desliz probablemente motivado por la introducción dentro de la trama principal de una anécdota procedente de otra fuente y planteada para otro escenario (P.A. Mackay, *op. cit.* 152).

<sup>32</sup> Str.9.2.5. Sobre el caso excepcional de Tanagra: D.W. Roller, «Tanagra in the Roman Period», en *La Béotie antique. Actes du Colloque International du CNRS (Lyon-St. Étienne 16-20 Mai 1983)* (París 1985) 277-281.

<sup>33</sup> J. Pouilloux, «Delphes et les romains», *REA* 73.3-4 (1971) 375.

<sup>34</sup> Plu. *Mor.* 411F. Sobre la preservación de la prosperidad de Lebadea, cf. Paus.9.39.2.

<sup>35</sup> D.Chr.7, especialmente los capítulos 33-40.

trando en la segunda mitad del siglo II<sup>36</sup>. Por lo demás, en la *Periégesis* de éste último las escenas que sugieren una decadencia del antiguo tejido urbano se repiten tanto en Beocia como en la Fócide<sup>37</sup>. La crisis no es, en cualquier caso, uniforme, y desde la segunda mitad del siglo I encontramos indicios de una cierta recuperación, que en algunos casos llega a ser notable. Con todo, Grecia no vuelve a alcanzar la densidad de poblamiento anterior a las guerras civiles y a partir de la segunda mitad del siglo II las iniciativas destinadas a auspiciar la recuperación se debilitan<sup>38</sup>.

En suma, lo que tenemos en la Grecia central del Alto Imperio es un espacio geográfico vertebrado por comunidades ciudadanas caracterizadas, por lo general, por un deficiente control sobre su territorio. Tal situación explica que en una región dotada de un poblamiento tan antiguo y continuado se haga destacar un personaje por la construcción de caminos y puentes. Explica también la persistente presencia de bandidos en sus comarcas montañosas. Explica, por fin, que en el relato de Filóstrato los campesinos veneren como a un héroe benefactor y ofrezcan alimentos a un hombre que sostiene luchas contra las fieras; no creo que éstas fueran meras exhibiciones atléticas, sino auténticas partidas de caza dirigidas contra lo que era una amenaza bien palpable para las comunidades campesinas de la región<sup>39</sup>. Kindstrand reparó ciertamente en estos aspectos al objeto de subrayar la pertinencia histórica de las hazañas de Sóstrato, pero lo hizo sólo de un modo tangencial, guiado por su visión de Sóstrato como un eremita<sup>40</sup>. Desde mi punto de vista, la cuestión estriba precisamente en comprender la articulación social de estas hazañas.

La persecución de los bandidos en las áreas rurales podía corresponder básicamente a tres instancias diferentes. Por un lado podía ser asumida directamente por las autoridades provinciales romanas, bien mediante la contratación de profesionales, bien mediante el ejército, ocupado a menudo –y cada vez en mayor medi-

<sup>36</sup> D.Chr.7.121; Paus.9.7.6.

<sup>37</sup> Así, p. ej., Paus. 9.2.1; 9.4.4; 9.8.1; 9.19.2, 4, 8; 9.26.5; 9.29.2; 9.33.5-7; 10.4.1, 7; 10.32.10; 10.33.1, 8; 10.35.2-3, 6; 10.36.3-4. Con todo, hay que reparar en que una fuente como Pausanias por fuerza tiende a insistir particularmente en lo antiguo, y por tanto en lo ruinoso. Sobre la decadencia de las ciudades de las orillas del lago Copais: J.M. Fossey, «The Cities of the Kopaïs in the Roman Period», *ANRW* 2.7.1 (1979) 549-591. Sobre la decadencia de las ciudades al este de Tanagra: D.W. Roller, *op. cit.* (n. 32) 279.

<sup>38</sup> Un análisis relativamente reciente de toda la cuestión aparece en M. Sartre, *op. cit.* (n. 25) 224-233.

<sup>39</sup> La existencia de jabalíes, toros y lobos en Grecia central está fuera de toda duda. Apuleyo representa a éstos últimos como una seria amenaza para los caminantes en un lugar de Tesalia (*Ap.Met.*8.15.5-8). La presencia de osos está atestiguada en el Parnes en el siglo II (Paus.1.32.1) y en el mismo siglo resultaba verosímil en Eubea (D.Chr.7.43) y en montes próximos al extremo sur de Tesalia (*Ap.Met.*7.24.4). La referencia a los chacales sí es insólita, pero Kindstrand, *op. cit.* (n. 4) 63 advierte que la identificación de este animal es insegura. No obstante, la consideración de al menos parte de estos animales como amenazas reales no es obstáculo para admitir que la escena seguramente está adornada con referencias míticas y literarias, especialmente en lo que atañe a la lucha contra el toro.

<sup>40</sup> J. F. Kindstrand, *op. cit.* (n. 4) 63. Cf. D.R. Dudley, *op. cit.* (n. 9) 182.

da— en labores policiales<sup>41</sup>. Pero la vigilancia cotidiana de las comarcas rurales era más bien competencia de las autoridades locales. Las instituciones con las que contaban las ciudades griegas para llevar a efecto esta labor policial nos son conocidas fundamentalmente a través de documentos de Asia Menor, una área especialmente castigada por el bandidaje. La imagen que se desprende es la de un cuerpo de policía escasamente profesionalizado. A su cabeza se sitúa uno o varios colegios de magistrados, como los *parafilaques* o los *irenarcos*, cuyas funciones concretas a menudo no son fáciles de identificar. A sus órdenes encontramos diversos tipos de asistentes: esbirros profesionales, como parecen ser los *diogmitas*, esclavos públicos o grupos de jóvenes aristócratas probablemente integrados en instituciones similares a la efebía ática. El sistema no parece haber sido muy diferente en Grecia. Apuleyo ilustra la actuación contra los bandidos de una de estas milicias locales en una ciudad relativamente próxima a Hipata. Conocemos, además, las patrullas que realizaban en las fronteras de Atenas los *περίπολοι*, dentro del marco de la efebía. Un sistema similar encuentra L. Robert en la ciudad beocia de Ambrisos, a juzgar por una inscripción del Parnaso de época imperial que interpreta como la dedicatoria de una tropa de *συμπερίπολοι* de esta ciudad y de su jefe<sup>42</sup>. Para concluir, junto a la acción del ejército y a las tropas comandadas por oficiales municipales coexistía la acción de los particulares, a quienes el gobierno romano daba amplias libertades en el uso de la violencia, no sólo defensiva sino también ofensiva, contra los bandidos<sup>43</sup>. El ejemplo más célebre de este género de iniciativa se cuenta a propósito de Maximino el tracio, quien, según la *Historia Augusta*, antes de ingresar en el ejército había encabezado bandas de jóvenes contra los bandidos de la región<sup>44</sup>.

La actuación de Sóstrato, como la de Mnesibulo, debe de situarse entre estas dos últimas opciones<sup>45</sup>. Pero no es fácil decidir entre ellas. En ambos casos las actuaciones aparecen como iniciativas personales cuya excepcionalidad las hace

<sup>41</sup> Es el procedimiento que observamos en el relato de la eliminación de la banda de Hemo en el *Asno de oro* (*Ap. Met. 7.7.4*) y probablemente también en la detención de los secuestradores de Lucio en la versión de Luciano (*Luc. Asin. 26*). Sobre la presencia de destacamentos militares en las provincias senatoriales, tradicionalmente consideradas desarmadas, véase M. Sartre, *op. cit.* (n. 25) 76.

<sup>42</sup> *Ap. Met. 7.13.4*. Cf. 7.13.7. L. Robert, *op. cit.* (n. 30) 107-110.

<sup>43</sup> Sobre la función policial del ejército y de las ciudades véase L. Robert, *op. cit.* (n. 30) 94-110; R. MacMullen, *op. cit.* (n. 25) 165-6, 192, 256-261; B.D. Shaw, *op. cit.* (n. 21) 12-9. Sobre las magistraturas aludidas véase también A.D. Macro, «The Cities of Asia Minor under the Roman Imperium», *ANRW* 2.7.2 (1980) 679-680. En cuanto a la iniciativa privada, la ley romana llega a considerar la persecución de los bandidos como una obligación de los particulares al menos desde la crisis del siglo III (B.D. Shaw, *op. cit.* (n. 21) 19).

<sup>44</sup> Capitol. *Max. 2.1*. El *Asno de oro* sitúa iniciativas similares en la Grecia central del siglo II, desde la tosca autodefensa de una comunidad aldeana ante la llegada de lo que creen bandidos hasta la heroica y novelesca intervención de Tleptólemo en la liberación de su prometida de manos de los bandidos (*Ap. Met. 7.4-13*; 8.17-8). En la versión de Luciano el papel del prometido es mucho más modesto, limitándose a servir de guía a los soldados (*Luc. Asin. 26*).

<sup>45</sup> Algo similar ocurre en época helenística con los dos ciudadanos de Hipata o con el delfio Lico a quienes respectivamente Hieto y Delfos agradecieron su triunfo sobre los bandidos (L. Robert, *op. cit.* (n. 30) 94-5).

dignas de encomio y sin vinculación aparente con ninguna institución ciudadana. Se diría, por tanto, que se trata de iniciativas particulares. Pero a las alturas del siglo II las dificultades financieras de las ciudades y la creciente reticencia de sus notables para asumir las cada vez más gravosas magistraturas y liturgias habían llevado a que aquéllos dispuestos a invertir voluntariosamente su fortuna y su tiempo en la asunción de las cargas públicas fueran ruidosamente celebrados como benefactores excepcionales. Como cualquier otra función pública, también la dirección de la defensa del territorio fue convirtiéndose en una pesada liturgia cuyo adecuado desempeño podía llegar a considerarse por sí mismo un acto digno de alabanza<sup>46</sup>. La figura del *evérgeta* se sitúa a mitad de camino entre la práctica política institucionalizada y la iniciativa espontánea<sup>47</sup>. Esa ambigua naturaleza del *evergetismo*, unida a la escasa profesionalización de las fuerzas de orden de las ciudades griegas, permite entender las iniciativas de Sóstrato y Mnesibulo, bien como actuaciones realizadas a título personal, bien como desempeños particularmente felices de cargos públicos. En cualquier caso, ambas son actuaciones encuadradas en la práctica del *evergetismo*, y lo mismo cabe decir de las restantes hazañas de Sóstrato.

De ese modo su actuación aparece como una más de las iniciativas *evergéticas* protagonizadas por notables locales que, supliendo los exhaustos recursos de las ciudades griegas y en conjunción con la iniciativa imperial, alentaron la relativa recuperación que experimentó Grecia a partir de la segunda mitad del siglo I. Precisamente la incipiente superación de la crisis de las ciudades griegas es el contexto con el que concuerda la imagen de este *evérgeta*, que con su actuación constructiva y policial apoyó en una determinada área el refuerzo del control político sobre determinados territorios, favoreciendo su libre tránsito. Pero ¿en virtud de qué vinculación con la comunidad a la que asistía actuaba Sóstrato? No creo que sea posible saberlo con un grado aceptable de certeza. Pero sí cabe aventurar alguna hipótesis que acaso pueda ser productiva.

Luciano afirma que Sóstrato era beocio y Filóstrato tenía noticia de una tradición anónima que opinaba lo mismo. Herodes Ático sostenía que Sóstrato era de Maratón, pero, como Kindstrand ha advertido, es más fácil descartar esta opinión como distorsión interesada, dado que el propio Herodes era de Maratón, que des-

<sup>46</sup> Al menos es la imagen que tenemos para el tránsito entre los siglos II-III. En el año 196 conocemos el primer caso de un *irenarco* forzado a desempeñar tal cargo (M. Sartre, *op. cit.* (n. 25) 154). Por ello en el 217/8 un *evérgeta* efesio puede jactarse públicamente de haber sido «único *irenarco* de la *chora*» (J. Keil, «Ein ephesischer Anwalt des 3. Jahrhunderts durchreist das Imperium Romanum», *SBAW* (1956) 3).

<sup>47</sup> Sobre el *evergetismo* véase P. Veyne, *Le pain et le cirque* (Paris 1976); M. Sartre (n. 25) 140-175; F. Gascó, *Teoría y práctica del evergetismo*, Memoria de Investigación para la Cátedra de Historia Antigua, inédita (Sevilla 1993); Id., «*Evergetes Philopatris*», en E. Falque, F. Gascó (eds.), *Modelos ideales y prácticos de vida en la Antigüedad clásica* (Sevilla 1993) 181-195 (=F. Gascó, *Opuscula selecta* (Huelva-Sevilla 1996) 273-286); Id., «*Evergetismo y conciencia cívica en la parte oriental del Imperio*», *Habis* 26 (1995) 177-186 (=Id., *op. cit.* 337-346).

cartar una tradición transmitida por dos vías diferentes<sup>48</sup>. J. Schmidt y C.P. Jones creen que provenía concretamente de Delion, una pequeña localidad situada cerca de Maratón<sup>49</sup>. El escenario de las actividades de Sóstrato es, según Filóstrato, Beocia y Maratón, y tanto este autor como Luciano coinciden en relacionarlo con el Parnaso. Este último es, por tanto, el escenario más seguro, y con él, por motivos obvios, Beocia. En cuanto a su presencia en Maratón, no tiene en sí nada de extraña, aunque, como la tesis de su nacimiento en esta comarca, está sujeta a mayores sospechas que las restantes localizaciones. Lo interesante de estas observaciones es que nos sitúan ante un personaje cuya actuación trasciende ampliamente los límites de su ciudad, hasta el punto de que algunas de sus hazañas más notorias parecen haberse producido en el corazón de la Fócide.

Ello nos plantea varias posibilidades. La primera es que la actuación de Sóstrato estuviera vinculada a ciudades concretas, con lo que habría que admitir que fuera ciudadano o al menos propietario en todas ellas. La última opción basta si admitimos que Sóstrato actuaba a título privado y no en el desempeño de una magistratura, pero la primera opción es preferible. La segunda posibilidad es que la actuación por la que Sóstrato se hizo famoso estuviera vinculada a algún tipo de institución supraciudadana que pudiera explicar su presencia tanto en la Fócide como en Beocia o incluso en el Ática. Esta hipótesis es la que me resulta más sugerente. La anécdota de Filóstrato que describe a Agatión observando los Juegos Píticos desde las alturas del Parnaso<sup>50</sup> proporciona la clave más lógica para desarrollarla.

El santuario de Delfos experimentó durante el siglo II un notable florecimiento auspiciado por la propia autoridad romana y asistido por la actividad evergética de una serie de notables griegos, entre quienes destacan por su celebridad Plutarco y Herodes Ático<sup>51</sup>. Este renacer volvió a poblar los antiguos caminos de peregrinos y turistas que acudían a las consultas mensuales de la Pitia y a los juegos, así como de toda la caterva de caldeos, filósofos o feriantes que les seguían<sup>52</sup>. Mucha riqueza en movimiento para una región montañosa, despoblada y pobre en la que los bandidos no parecen haber sido un fenómeno insólito. La anficciónía délfica se

<sup>48</sup> J. F. Kindstrand, *op. cit.* (n. 4) 71-2, 77.

<sup>49</sup> La lectura habitual de Philostr.*VS* 2.1.553 reza: «Dicen algunos que este Heracles había nacido de la tierra en un pueblo beocio» (trad. M.C. Giner). Pero J. Schmidt, s.v. «Sostratos» *RE* Suppl. 8 (1956) col. 782 rechaza la lectura δῆμου que aparece en algunos manuscritos y adopta como correcta Δηλίω, presente en otros. Cf. C.P. Jones, *op. cit.* (n. 4) 99 n. 57. Según D.W. Roller, *op. cit.* (n. 32) 280 en el siglo I Delion no debía de ser más que una aldea.

<sup>50</sup> Philostr.*VS* 2.1.553-4.

<sup>51</sup> Sobre la revitalización de Delfos en época altoimperial: H.W. Parke, D.E.W. Wormell, *The Delphic Oracle I. The History* (Oxford 1956) 283-290; J. Pouilloux, *op. cit.* (n. 33); S. Levin, «The Old Greek Oracles in Decline», *ANRW* 2.18.2 (1989) 1599-1615; J.M. Cortés, «Delfos, colonia neroniana», *Habis* 30 (1999) 237-251; Id., «El fracaso del primer proyecto panhelénico de Adriano», *DHA* (en prensa). Para la actuación de Plutarco y Herodes Ático: Paus.10.32.1; *Plu.Mor.*409A-C.

<sup>52</sup> Ya Plutarco constata la presencia de un caldeo y un filósofo cínico entre los visitantes de Delfos (*Plu.Mor.*386A-B; 413A-D).

encargaba de la protección del santuario de Delfos y del libre acceso de todos los peregrinos<sup>53</sup>. Pero del mismo modo que ésta y el santuario tenían muy buenos motivos para agradecer la contribución evergética del emperador y de los notables griegos en el mantenimiento y engrandecimiento material del santuario, es razonable pensar que también debieron de tenerlos para agradecer la actuación de cualquier evergeta dispuesto a complementar con sus propios recursos las tareas de protección de los peregrinos y de habilitación de las vías necesarias tanto para su tránsito como para el propio control del bandolerismo. Bien pudo ser ésta la tarea que hizo célebre a Sóstrato, fuera como oficial anfictiónico o en algún otro cargo vinculado al santuario, fuera como un mero benefactor privado<sup>54</sup>. Su actividad en Beocia o incluso en el Ática puede explicarse como una ampliación de sus tareas en la Fócide a lo largo de las rutas que conducían a Delfos o sencillamente como actos independientes acometidos como evergeta local.

La ventaja de esta hipótesis es que permite aclarar el eco que alcanzó entre intelectuales asentados en Atenas este personaje cuya actuación se sitúa preferentemente en un espacio, el hábitat rural, sobre el que las fuentes antiguas tienden a callar. Proporciona además una clave alternativa para explicar la conexión de este personaje con una figura tan vinculada a Delfos como Herodes Ático<sup>55</sup>. Asimismo, en caso de que se admita la pertinencia del pasaje de Plutarco, permite dar una respuesta sencilla a la temprana celebridad de que gozaba en el círculo de este sacerdote délfico: Sóstrato pudo liderar, como años más tarde Maximino, una de esas compañías de jóvenes, más o menos institucionalizadas, como las que con frecuencia aparecen vinculadas a las labores de patrulla rural.

¿Podía un hombre como éste granjearse la admiración de Luciano? No hay el menor obstáculo. Caster señaló con razón que Luciano difícilmente habría mostrado más que una admiración teórica por un hombre carente del modelo de cultura

<sup>53</sup> M. Sartre, *op. cit.* (n. 25) 221.

<sup>54</sup> No puedo resistirme a reproducir un epigrama de época imperial encontrado en Delfos, precisamente en las proximidades de un *héroon* (J. Bousquet, «Inscriptions de Delphes», *BCH* 115.1 (1991) 167-181, p. 179): Σώστρατον ἁ Δελφῶν ἕσιον πόλις | Ἀπόλλωνι | ἀντ' εὐεργεσείης | στᾶσε, ἀρετᾶς τε | ἰχάρην. ¿Puede ser este *hosios* délfico celebrado como evergeta nuestro hombre? (Sobre los *hosioi*, sacerdotes o asistentes laicos del santuario, véase M. Delcourt, *L'oracle de Delphes* (Lieja 1955; París 1981) 46; H.W. Parke, D.E.W. Wormell, *op. cit.* (n. 51) 31, 36; S. Levin, *op. cit.* (n. 51) 1609 n. 27).

<sup>55</sup> La discusión a este respecto se ha centrado sobre todo en el extraño apelativo «Heraclés de Herodes». Kindstrand lo explica afirmando que el genitivo Ἡρώδου es en realidad una interpolación introducida al margen del texto original para indicar que la sección que seguía era obra de Herodes Ático (J. F. Kindstrand, *op. cit.* (n. 4) 59). Frente a él, C. P. Jones, *op. cit.* (n. 4) 99-100 identifica esta fórmula con la fórmula Ἀντιόχου βασιλέως Ἡρακλῆς (Ath.7.289F-290A) con la que se alude a un favorito de Antíoco II, y que es utilizada en relación al propio Polideuces, «el héroe de Herodes» (*FDelphes* 3.3.74). A su juicio la expresión que nos ocupa implica una relación íntima entre este Heraclés y Herodes. Jones asume que Luciano conoció a Sóstrato en Atenas, lo que a su juicio implica que había acompañado hasta allí a Herodes. Por mi parte no creo que nada obligue a situar la presencia de Sóstrato en Atenas. Por otro lado, K. Funk justifica el tratamiento que Herodes hace de este personaje como una pieza dentro de su programa propagandístico ante la construcción del Canal de Corinto, al que se hace alusión justo a continuación en el texto de Filóstrato (K. Funk, *op. cit.* (n. 7) 643-4).

urbana al que tan apegado se muestra este autor<sup>56</sup>. Pero desde mi interpretación Sóstrato no era el buen salvaje en quien Herodes Ático quiso convertirlo guiado por el ideal bucólico, sino un representante de la oligarquía social, a quien no hay necesidad de considerar carente de la cultura literaria que era patrimonio de esta clase. Asimismo, Kindstrand destacó acertadamente que las pretensiones heroizantes que Filóstrato pone en boca de Agatión debieron de estar ausentes del propio Sóstrato, pues de lo contrario se habría hecho merecedor de la hostilidad que reiteradamente Luciano exhibe frente a quienes él concibe como embaucadores religiosos<sup>57</sup>. En efecto, Luciano se toma el cuidado de desvincular a Sóstrato de su popular identificación con Heracles. Pero, igual que hace con Demonacte en los últimos capítulos de esta misma obra, encuentra útil destacar, como modo de atestiguar la impronta social de su actuación, la forma en que algunos de sus contemporáneos llegaron a venerarlo como a un θεῖος ἀνὴρ<sup>58</sup>. Se podría alegar, por fin, que el ilustrado Luciano que ridiculiza los oráculos difícilmente habría mostrado simpatía por éste que parece ser un devoto de Delfos. Pero, aparte de poder argüirse frente a esto posibles fines obsequiosos en la obra de Luciano<sup>59</sup>, Delfos no era sólo uno más de los oráculos cuya efímera proliferación se convirtió en el blanco de los ataques de Luciano. Era también, y sobre todo, una de las más prestigiosas instituciones que encarnaban un ideal cultural helénico clasicista del que Luciano fue un decidido colaborador.

<sup>56</sup> M. Caster, *Lucien et la pensée religieuse de son temps* (Paris 1937) 77.

<sup>57</sup> J. F. Kindstrand, *op. cit.* (n. 4) 71.

<sup>58</sup> Véase mi artículo «La manutención de Demonacte (Luc.Dem.63)», *ARYS* 2 (en prensa). La conexión de Sóstrato con Heracles no resulta nada inverosímil en Beocia y la Fócide, donde, a juzgar por la *periégesis* de Pausanias, los cultos heroicos y el de Heracles estaban enormemente difundidos. No está de más reseñar, por otro lado, la estela de un *parafilaque* de Asia Menor cuya fotografía reproduce L. Robert, *op. cit.* (n. 30) Pl. II 2 (con análisis material y comentario del relieve en las pp. 102-3, pero sin edición del texto) y en cuyo extremo inferior puede leerse ΠΑΡΑΦΥΛΛΕΪΡΩΝ.

<sup>59</sup> Cf. C.P. Jones, *op. cit.* (n. 4) 99-100. *Contra* K. Funk, *op. cit.* (n. 7) 643-4.